

tas desengañados puedan seguir cooperando al triunfo de una causa que ha dejado de ser la suya. Para Napoleon á su vez será un desengaño terrible saber cuán díscolos, cuán ingobernables, cuán ultramontanos son esos hombres del partido conservador, que de rodillas han andado pidiendo la intervencion de puerta en puerta, creyendo que vendria á proteger sus rancias teorías y sus bastardos intereses. Y para el presunto emperador Maximiliano, no será ciertamente un estímulo poderoso el de la discordia con que se inaugura su proyectado imperio, presa ya de facciones irreconciliables ántes de verse constituido.

Contra los vicios esenciales del nuevo órden de cosas, que carece de razon de ser, en vano se intentaria presentar como compensacion las efímeras ventajas últimamente obtenidas por las fuerzas que han venido á expedicionar al interior. Ni una, ni cien derrotas bastarian para hacer posible lo que no lo es en sí: las calamidades sociales subirán de punto, la cuestion tardará mas en resolverse; pero siempre quedarán en pié las dificultades insuperables de la impotencia de los reaccionarios para sostenerse en el poder, luego que les falte la proteccion de las armas francesas; la incompatibilidad de cualquier régimen basado en los principios de la época con las ideas de retroceso de nuestro partido clerical; y el sostenimiento, sin apoyo extraño, de una monarquía para la que faltan todos los elementos de estabilidad que requiere indispensablemente esa forma de gobierno.

A medida que van siendo ocupadas las poblaciones en que ha estado siendo reconocido el gobierno constitucional, mientras no ha existido el amago de la fuerza, se tiene buen cuidado de proceder desde luego al levantamiento de actas de adhesion al imperio y á Maximiliano, para aparentar que tal es la opinion nacional. Prescindiendo del sistema segui-

do para forjar esas supuestas manifestaciones de espontaneidad, sigue siendo una prueba irrefragable de lo que son y de lo que significan, el hecho constante de que ni el número de firmas corresponde nunca al de los habitantes de las localidades, por ser el primero una fraccion pequenísimá del segundo, ni ménos las firmas conocidas, escasas siempre en demasia, pueden servir de testimonio de que sea aceptada voluntariamente la intervencion, cuando no aparecen las de las personas que por sus talentos, sus riquezas ú otros motivos, se encuentran en una distinguida posicion social. Para los que viven en la república y conocen sus notabilidades, este es un argumento incontestable del sistema de retraimiento con que es recibido por lo ménos el programa de los notables de la capital.

Pero no sucede lo mismo en países extranjeros, donde la multiplicidad exajerada de las actas, hasta de los villorrios mas despreciables, y el aparente cúmulo de firmas de individuos que no se sabe lo que son, puede muy bien dar lugar á que se crea que tales documentos representan verdaderamente la voluntad de la mayoría de la poblacion. Cooperando á este fin detestable de falsear la opinion en el extranjero con sugeriones extraviadas, obran de consuno la prensa reaccionaria, los partes oficiales de los gefes expedicionarios, las aseveraciones del mariscal Forey, y hasta el último discurso del emperador Napoleon y las exposiciones de sus ministros sobre el estado de los negocios en México.

En todas esas piezas se asegura, en tono de absoluta certeza, que el ejército franco-traidor es recibido donde quiera bajo una lluvia de flores. Cuidadosamente se oculta que las poblaciones no toman parte en esos regocijos, obra exclusiva de un puñado de intervencionistas; que cuesta gran tra-

bajo encontrar personas que se presten al desempeño de los empleos públicos en las localidades, habiendo ciudades, como Aguascalientes, donde ha sido forzoso que el bandido Chavez funja á la vez de prefecto, de comandante militar, de ayuntamiento y de todo lo demas que se ha necesitado, por no haberse encontrado quienes se prestaran á servir esos puestos. Lo mas á que se llega en los puntos ocupados por los invasores, es á un indiferentismo bien propio de los egoistas, que quieren esperar sin comprometerse el desenlace de la cuestion; pero ya se ve que hay mucha distancia de esa actitud pasiva, al entusiasmo que falsamente se atribuye á los partidarios de la intervencion, tan silenciosos ahora como ántes.

Sin embargo de que tal es la realidad de las cosas, repetimos que muy fácilmente puede darse crédito á las falsas versiones que la representan en contrario sentido, por contar ellas con la inmensa ventaja de una publicidad sin límites en toda Europa, miéntras las relaciones verídicas de los sucesos de nuestro país cuentan con bien escasos medios de circulacion.

Por fortuna para nuestra causa, si bien el daño temporal producido por la ocultacion de la verdad puede de pronto ocasionarnos fatales consecuencias, á la larga la realidad ha de acabar forzosamente por destruir el efecto de la mentira. No existiendo positivamente en la mayoría de los mexicanos apego á la intervencion, aun cuando así llegue á suponerse en Europa, el archiduque Maximiliano, si se aviene contra nuestra creencia á ocupar el trono que se le ha ofrecido, ó bien cualquier otro príncipe á quien nombre en su lugar el emperador Napoleon, constituido por los notables en árbitro de nuestros destinos, tendrán la triste decepcion de cerciorarse por sus propios ojos de que han acometido

una aventura de imposible realizacion. En esta parte no saldremos nosotros de nuestro tema, reducido á los dos puntos incontrovertibles de que la duracion de la obra intervencionista depende de la permanencia en el país del ejército frances, y de que la ocupacion militar de nuestro territorio no puede prolongarse por mucho tiempo á costa de un tesoro en estado de déficit.

Al abrigo de tan consoladora reflexion, podremos ya narrar, no ciertamente sin sentimiento, pero sí con ménos amargura que en otras circunstancias, los descalabros recientemente sufridos por las tropas que defienden la independencia nacional.

Despues de haber evitado, con hábiles movimientos estratégicos, un encuentro con las fuerzas francesas, que no tenia elementos suficientes para combatir, concibió el general Uraga el bien combinado plan de marchar sobre Morelia, donde habia quedado la division reaccionaria de Márquez, con el objeto de derrotarlo y de tomar la plaza. Aunque no se ha recibido todavía, sin duda por extravío de la correspondencia respectiva, ni parte oficial ni cartas particulares concernientes al ataque á que nos referimos, sabemos sí por datos anteriores, que es enteramente falsa la especie de que hubieran llegado á reunirse doce mil hombres para el asalto, como lo han supuesto las relaciones de los interesados en abultar su triunfo. Por un cálculo aproximado puede asegurarse que no habrán pasado de seis á siete mil los soldados que obraron á las inmediatas órdenes del general en jefe del ejército de operaciones.

El 17 de Diciembre comenzó el ataque sobre Morelia con un fuerte cañoneo y el avance de algunas columnas, emprendiéndose el 18 un asalto en forma, del que han hablado con grandes elogios los mismos enemigos. Acometida la ciudad

por diversos rumbos, algunas de nuestras fuerzas llegaron á penetrar hasta la plaza, despues de arrollar cuantos obstáculos encontraron al paso. Poco, muy poco faltó para que la victoria coronara los esfuerzos de nuestros valientes, los cuales fueron por desgracia rechazados tras de un combate sangriento.

No podemos entrar en mas pormenores de lo ocurrido, por faltarnos los datos necesarios, pues no es debido descansar en los notoriamente exajerados de las relaciones reaccionarias. Debemos creer que, no obstante las pérdidas sufridas por nuestra parte, se hubiera renovado el combate y dádonos un nuevo empuje el triunfo definitivo, á no haberlo impedido la proximidad de las fuerzas auxiliares francesas, ante las cuales era forzoso retirarse, para no quedar entre dos fuegos. Sin embargo de que en los partes del enemigo se ha hecho aparecer como muertos ó heridos á casi todos los generales independientes que concurrieron á la accion, nosotros no sabemos con seguridad de otras desgracias de ese género, que la de las heridas de los generales Salazar y Caamaño, habiendo perecido entre los coroneles Padrés, y quedando herido Espínola. De los reaccionarios salió herido Márquez, quien se dice que ha muerto ya, acabando así su tristemente célebre carrera.

Frustrado el ataque, el general Uraga cañoneó todavía la ciudad el 19, retirándose luego en buen órden al Sur de Michoacan, con el resto de las fuerzas de su mando. Posteriormente se habló de otro encuentro habido en Zamora entre las mismas y las francesas que iban en su persecucion, asegurándose que el éxito volvió á ser desfavorable para la buena causa, y que allí habia acabado completamente Uraga. A pesar de que en esos terminos se dió el parte respectivo por los gefes franceses, está ya bien averiguado, por la

relacion de testigos presenciales de entre los mismos enemigos, que todo lo que hubo fué un combate de retaguardia con cien soldados de caballería. Los invasores y los intervencionistas adulteran la verdad con escándalo.

Miéntas tales cosas pasaban, avanzaba Mejía sobre San Luis, residencia de los Supremo Psoderes. En observacion de esa fuerza enemiga estaba la division del general Negrete, que se vino retirando poco á poco desde San Felipe. El repetido anuncio de que en combinacion con los traidores obrarian los franceses, dueños ya de Leon, Lagos y Aguascalientes, hacia muy precaria la situacion, por no contarse con los elementos suficientes para resistir la accion simultánea de los aliados. Habia llegado, pues, el caso de que el gobierno cumpliera con el deber de cuidar de su propia conservacion, á cuyo efecto se dispuso su salida de la ciudad amagada, y se llevó á cabo, no como la del fugitivo que se escapa entre las sombras de la noche, segun afirmaron los mendaces periodistas de México, sino á las cuatro de la tarde, anunciándolo previamente, al ruido de una salva de honor, entre la valla de soldados fieles á su deber.

Antes de salir el gobierno, se libró órden terminante al general Negrete para que con su division, reforzada con el batallon de zapadores, batiera á Mejía, luego que se cerciorara de que no era una fuerza franco-traidora de consideracion la que venia avanzando. A mas de que se contaba con elementos suficientes para alcanzar el triunfo, no se queria retroceder sin combate, sino en caso de que así fuera absolutamente necesario.

Falsos informes de que á la tropa de Mejía se habia unido una fuerte columna francesa, dieron lugar á que ni se emprendiera el ataque preceptuado, ni se defendiera la ciudad de San Luis. Hasta despues de haber sido esta ocupa-

da por los reaccionarios, fué cuando se supo la falsedad de las noticias recibidas respecto de su número y del auxilio frances. Solicitóse entónces con ahinco por los gefes de nuestras fuerzas, las cuales se habian retirado hasta la hacienda de Bocas, que se les permitiese atacar al enemigo, bien fuese en el mismo San Luis, ó bien en sus inmediaciones, en caso de movimiento de avance ó retirada. Sin dificultad se accedió á esta solicitud, no obstante estar ya dispuesta la nueva distribucion que iba á darse á la division Negrete, tanto por contarse todavía con grandes probabilidades de triunfo, cuanto por el deseo de conservar una poblacion de importancia. El gobierno siguió retirándose lentamente, para esperar á no larga distancia el resultado del ataque, á fin de regresar desde luego á San Luis si el resultado nos era favorable, ó de continuar para el Saltillo en caso contrario.

Segun el parte oficial del general Negrete, de las tres combinaciones posibles, que consistian en que Mejía saliera de San Luis al encuentro de nuestras fuerzas, ó que permaneciera en la ciudad, ó que se retirara, la segunda fué la que tuvo lugar; y para ese evento, el plan acordado en Bocas, y comunicado á los gefes de las brigadas, consistia en penetrar á la poblacion por medio de horadaciones hasta una corta distancia de la plaza principal, sobre la que debia emprenderse luego el asalto simultáneamente. Por cuantos informes se han podido recoger con posterioridad, es de presumirse que esta combinacion hubiera dado el resultado apetecido, á haber sido fielmente ejecutada. Por desgracia no sucedió así; el demasiado arrojo del cuerpo de zapadores, que atacó por la derecha, lo precipitó á entrar desde luego en accion sin practicar las horadaciones prevenidas. Poco faltó para que su ardimiento le hiciera alcanzar el triunfo, pues llegó hasta la plaza y aun penetró en palacio; pero su

esfuerzo aislado, que no contaba con el apoyo de las otras columnas, fieles á la consigna recibida, permitió que el enemigo pudiera derrotar á los valientes que sacrificaban su vida con mas denuedo que prevision. Obligados á retroceder los zapadores, cuyo teniente coronel cayó prisionero en union de gran parte del cuerpo, el ataque se desc concertó, las brigadas del centro y de la izquierda tuvieron necesidad de batirse en retirada, la desmoralizacion cundió en la tropa, y por último resultado se sufrió un desastre imprevisto, perdiéndose la artillería, el parque, el armamento, y dispersándose la fuerza que no quedó muerta, herida ó prisionera.

Tanto mas lamentable fué semejante derrota, cuanto que es bien sabido que Mejía, quien no aceptó el combate sino por haberle faltado tiempo para retirarse, estaba ya escaso de parque y á punto de ceder el campo á los asaltantes. La bizzaría con que estos se batieron está demostrada con las fuertes pérdidas confesadas por el enemigo, quien ha vuelto á mentir con su descaro de costumbre, suponiendo que fué atacado por 5,000 hombres, á consecuencia de haber sido reforzado Negrete con una seccion de Zacatecas, cuando no hubo tal refuerzo, ni se asaltó la plaza sino con poco mas de mil hombres.

Si en vez de sernos adversa la suerte de las armas en Michoacan y en San Luis, nos hubiera sido favorable, de inmensa importancia habria sido tal resultado en las actuales circunstancias. Derrotadas las dos alas del ejército invasor, conservada la nueva capital de la república, recuperada otra ciudad importante, restablecido el prestigio de nuestras fuerzas, contenida la invasion, puesta de manifiesto la impotencia de los franceses para someternos á su yugo, el país, la Europa y el mundo entero habrian visto cuán difícil era la empresa que anticipadamente se habia dado por consumada.

Elementos no faltaron para alcanzar el triunfo: la fatalidad no permitió aprovecharlos. Y sin embargo, basta el denuedo con que fueron asaltadas San Luis y Morelia, para desmentir la insultante asercion del redactor de la *Estafette*, de que nuestras tropas esquivarian todo peligro, sin detenerse á combatir en ninguna parte, y para dar una nueva prueba, de las muchas consignadas ya en nuestra historia, de que si México independiente no es siempre afortunado en el campo de batalla, sabe al ménos pelear con dignidad y constancia en defensa de su nacionalidad.

Destruídas las divisiones que con tan mal éxito emprendieron los ataques referidos, quedan todavía las de Doblado, Gonzalez Ortega y Chavez, ó sean las de Guanajuato, Zacatecas y Aguascalientes, reunidas hoy en la capital del segundo de esos Estados. Hay que contar tambien con las que conserva aún el general Uraga, de quien se sabe que ha llegado á Sayula con 4,500 hombres, á los que deben haberse incorporado ya el general Arteaga con 5,000 y con 3,000 el coronel Rojas, para operar todos juntos sobre Guadalajara. Tampoco se deben olvidar las fuerzas que por el rumbo de Oriente obedecen al general D. Porfirio Diaz; las que en el Sur manda el general Alvarez; las de Durango, Chihuahua y otros Estados fronterizos, que se preparan ya para nuevos combates; y las que diseminadas en la vasta extension de la república, en fracciones mas ó ménos considerables, prolongarán la lucha mientras sea necesario, hasta que toque á su término la intervencion.

Sabida la derrota de San Luis, el gobierno supremo se vió en la necesidad de seguir para el Saltillo, donde ha fijado temporalmente su residencia, siendo cordialmente recibido por la poblacion y por las autoridades locales. El gobierno del Estado, despues de ponerse de oficio á su disposicion,

mandó para felicitarlo una comision compuesta del presidente del tribunal de justicia y de un miembro de la diputacion permanente. Renunciada la cartera de hacienda por D. José H. Núñez, á consecuencia de las enfermedades contraídas en el largo tiempo que la desempeñó, se ha encargado interinamente de su despacho el ministro de justicia, D. José M. Iglesias.

Nuevas complicaciones han surgido en el puerto de Matamoros, despues que se daba ya por terminada la contienda suscitada allí con la proclamacion del levantamiento del estado de sitio. En virtud de unos convenios celebrados entre el general Ruiz, gobernador y comandante militar de Tamaulipas y el gefe de los disidentes, se habia estipulado el reconocimiento de la autoridad nombrada por el primer magistrado de la nacion, y la marcha de las fuerzas todas sobre la plaza de Tampico, ocupada por el enemigo extranjero. Lamentables discordancias sobre falta de cumplimiento de lo convenido, enconaron de nuevo los ánimos, hasta el extremo de romperse las hostilidades entre la seccion mandada por Ruiz y la que obedecia al teniente coronel D. Juan N. Cortina. Derrotada la primera, despues de una resistencia obstinada y sangrienta, tuvo Ruiz que volver á refugiarse en Brownsville, quedando Cortina dueño de Matamoros. El vencedor no ha desconocido sin embargo al supremo gobierno, á quien por el contrario se ha dirigido poniéndose á sus órdenes, para lo que tenga á bien disponer. Es de desearse que, para poner fin al actual conflicto, se encuentre una solucion satisfactoria de la cuestion local que ha tomado tan crecidas proporciones.

Siguiendo en su avance el cuerpo expedicionario franco-traidor, el general Bazaine ocupó á Guadalajara como ya hemos dicho, y Zacatecas no tardará en ser invadido tambien.

Quedarán así ocupadas las principales capitales del interior, sin que por tan triste acontecimiento pueda darse la cuestion por terminada, cuando se conserva en pié tan intacta en su esencia como ántes. Luego que los franceses se retiren, como tendrán que acabar por hacerlo, de la inmensa línea á que se han extendido ya, la lucha entre liberales y reaccionarios se renovará con todo su vigor, hasta que llegue á su indefectible resultado con el triunfo á favor de los primeros.

No hay que cansarse: el término de la contienda depende de la retirada del ejército frances, retirada cuya ereencia se va generalizando cada dia mas, considerándola ya como muy próxima. El principal fundamento que se tiene para conjeturar así, estriba en las declaraciones contenidas en la nota dirigida al general Bazaine por el ministro de relaciones del imperio frances. Ese importante documento revela efectivamente, no en una, sino en varias de sus prevenciones, la intencion bien marcada de poner fin á la expedicion.

La liquidacion de cuentas que trata de apresurarse, es ya de por sí un buen indicante de que se quiere cerrarlas, pues de no ser así, seria extemporáneo é inútil pretenderlo, cuando las erogaciones tuvieran que seguir por un tiempo indefinido. Agrégase á tal circunstancia, la muy agravante de no quererse esperar siquiera al establecimiento de un gobierno definitivo, siendo al provisorio hoy existente al que las mismas cuentas se deben presentar. Tambien al hablarse de la organizacion que tanto se recomienda del ejército reaccionario, se alega como uno de los principales motivos para procurarla, el de la conveniencia de que no se demore mucho la permanencia en el país de las fuerzas francesas. Todo, pues, da á entender que debe estar ya determinada en los acuerdos del gobierno imperial la época, bien próxima sin

duda, de la salida de las fuerzas invasoras, que llevan ya mas de dos años de profanar nuestro suelo.

En consonancia con esa creencia de la retirada, está la idea de que el nuevo ministro frances, marques de Montholon, llegado ya á Orizava, trae instrucciones amplísimas, así como la expresa facultad de tratar cuánto ántes con cualquier gobierno mexicano, del que procurará sacar las mayores ventajas posibles, que constituirán la amplia indemnizacion de que habló Napoleon en su discurso. Bien pronto los sucesos aclararán la verdad. Montholon inaugura sus funciones ante el espectáculo de un motin clerical, señal de divorcio entre la intervencion y los que fueron sus mas acérrimos partidarios. Triste concepto se formará por cierto de la tranquilidad que va á reinar en el imperio de Maximiliano, combatido con las armas en la mano por los partidarios de la independecia y de la república, á la vez que minado en su base por las discordias de los titulados monarquistas. Claro nos parece que, en tal situacion, ó se apresurará á buscar el desenlace de la intervencion francesa, en caso que sus atribuciones lleguen á tanto, ó cuidará cuando ménos de avisar sin demora á su gobierno, que está ya desplomado, viniéndose por tierra, el edificio que con tanto artificio se habia logrado construir.

En cuanto á los defensores de la nacionalidad, sin que deje de ser poderoso motivo para alentarlos el ya anunciado fin de la intervencion extranjera, cumple á la firmeza de sus convicciones no abandonar el puesto, aun cuando resultaran fallidas las esperanzas de una pronta solucion. Temeridad seria desconocer la gravedad de las circunstancias actuales, negar la influencia temporal de los últimos desgraciados acontecimientos; pero no son ellos ciertamente de una importancia tan decisiva, que puedan servir para dar por perdida una

causa inmortal, ni por triunfante la opuesta, absurda é imposible. La consolidación definitiva de la autonomía mexicana es tan indefectible, que no hay calamidades que alcancen á impedir la, mientras no falte aliento á sus mantenedores. La obra lenta é irresistible del tiempo sería suficiente por sí sola para salvarnos, aun cuando desaparecieran como por encanto los muchos elementos con que se cuenta para tal objeto en el interior y en el exterior. Nada importará por lo mismo, que al conflicto actual sucedan conflictos todavía mayores, con tal de que no nos falten la fé, la constancia, la decisión de sucumbir en la contienda. Tal es especialmente el deber de los encargados de dirigir la nave del Estado, quienes con tal conducta lograrán que de ellos pueda repetirse lo que ya de otros se ha dicho: "la virtud entonces de los hombres de la situación, consistió en no haber desespchado de la salud de la república."

LA CUESTION EXTRANJERA.

Saltillo, Febrero 26 de 1864.

Al terminar el año de 1863, eran tantos en Europa los temores de guerra para el actual de 64, que nadie dudaba que, en el curso de este, habria lugar á uno de esos cataclismos anunciados hace tiempo.

Dispuesta siempre la Rusia á no dejarse imponer la ley por las potencias extranjeras de que se ha estado burlando con tanto descaro, continúa sus formidables preparativos, á fin de estar en aptitud de romper las hostilidades en el momento necesario. A la cuestion de Polonia se agrega ya la de Turquía, potencia que ve con recelo aglomerarse en los sitios, teatro poco ha de una lucha encarnizada, elementos belicosos que vuelven á servir de anuncio de nuevos peligros para su existencia. La altanería, la arrogancia, el poder colosal y la firme decision del imperio moscovita, ponen hoy á las naciones que pocos años ha quisieron contener sus avances, en la necesidad de coligarse otra vez para refrenarlos, so pena de ver enteramente perdido el fruto de sus anteriores esfuerzos.